

Factores familiares y socioculturales en el desarrollo afectivo de niños y adolescentes mexicanos: su influencia en las conductas suicidas

TERESITA MORFÍN LÓPEZ Y LUIS MIGUEL SÁNCHEZ LOYO

Este capítulo ofrece una revisión sobre las condiciones para el desarrollo afectivo de niños y adolescentes en familias mexicanas. Particularmente se muestra cómo el desarrollo afectivo de los niños y adolescentes está relacionado con la posmodernidad y el cambio de modelo económico mediado por las nuevas relaciones y configuraciones familiares. Este cambio sociocultural tiene mayores efectos en las familias que viven en condiciones de pobreza, situación que está relacionada con un deterioro en el desarrollo afectivo de sus integrantes. Este deterioro en el desarrollo afectivo mediado por las relaciones familiares en condiciones de pobreza tiene implicaciones en problemas emocionales, particularmente en las conductas suicidas de adolescentes. Los estudios consideran que la familia es una referencia relevante para el desarrollo afectivo, a su vez es un factor de riesgo y factor protector de la conducta suicida en adolescentes.

El desarrollo cognitivo y emocional del adolescente se ve influenciado por diversos factores. Entre estos factores se encuentran los genéticos, los ambientales, los socioeconómicos, los culturales y los familiares. Dependiendo de la interacción en el tiempo y el espacio, estos factores pueden influir de manera decisiva en el desarrollo de los niños y los adolescentes. Esta interacción de factores puede tener efectos a mediano y largo plazo para la vida de los sujetos, propiciando que los niños y los adolescentes puedan ser sujetos más adaptados a

sus contextos socioeconómicos, puedan superar sus condiciones de vulnerabilidad o bien exacerbarlas, dificultando de manera significativa su desarrollo.

De manera particular, resulta importante la interacción y la dinámica familiar para el desarrollo del adolescente. La familia es un espacio privilegiado socialmente para la adquisición de herramientas para la vida, el desarrollo de habilidades, el aprendizaje de pautas de interacción social y de estrategias de afrontamiento a los problemas de la vida cotidiana.

Recientemente, las condiciones socioeconómicas en la sociedad mexicana han provocado una serie de cambios en la familia mexicana, los cuales inciden en el desarrollo de los adolescentes, en especial, en su desarrollo socioemocional, es decir, en sus habilidades y sus estrategias para la interacción social que contribuyen en su bienestar emocional.

Como sociedad, se han visto modificaciones en comportamientos de los adolescentes, que pudieran estar relacionados con cambios en su desarrollo socioemocional y los cambios en las familias mexicanas. Una de las modificaciones más preocupantes es el aumento de conductas de riesgo entre los preadolescentes y adolescentes, y más específicamente, el aumento en el número de suicidios en jóvenes. En la actualidad el suicidio es la segunda causa de muerte en los adolescentes, convirtiendo este fenómeno social en un problema de salud pública. La tasa de suicidio en jóvenes es cada vez mayor, una situación social que resulta alarmante: en 1970, la tasa de suicidio en los jóvenes entre los 15 y los 19 años fue de 1.49 por cada 100,000 habitantes; en cambio, para el año 2007 la tasa fue de 4.98. Entre los hombres en este grupo de edad, el suicidio representó 10.64% de las muertes y en las mujeres 18.11%, en 2007 (Borges, Rosovsky, Gómez y Gutiérrez, 1996; Borges, Orozco, Benjet y Medina-Mora, 2010). Las conductas suicidas representan el problema de salud que genera la pérdida de más años de vida saludable, en comparación con otros padecimientos.

Se ha observado en los adolescentes con conductas suicidas, alteraciones en su desarrollo socioemocional; estas alteraciones se han asociado a los problemas en las relaciones familiares, generándose una compleja interacción entre el bienestar del adolescente, la estructura y funcionamiento familiar, los cambios sociales en las familias mexicanas y las condiciones económicas de la sociedad mexicana.

El presente documento tiene como objetivo hacer una revisión documental y aportar evidencia de los cambios provocados por la posmodernidad en las familias mexicanas; así como la forma en que estos cambios se vinculan con la economía, en especial en las familias en condiciones de pobreza. Se pretende también visualizar la manera negativa en que estos cambios afectan el desarrollo socioemocional de los adolescentes y la posibilidad de que pudieran estar asociados a la aparición de conductas suicidas en esta población adolescente.

LAS FAMILIAS EN EL CONTEXTO MEXICANO

Los cambios que las familias mexicanas han venido sufriendo desde hace 30 años influyen de forma determinante en los jóvenes, en sus sentimientos, pensamientos y acciones en torno a distintas circunstancias de su vida cotidiana.

La modificación, construida socialmente, de los roles de género produce incertidumbre y confusión en los hombres y las mujeres. Emergen nuevas identidades femeninas, vinculadas al acceso a la educación, al trabajo remunerado y al ejercicio del poder. El hombre ha dejado de ser el proveedor económico exclusivo. Esto ha provocado cambios en el ejercicio de la autoridad al interior del núcleo familiar. Las demandas económicas impuestas a las familias por el sistema neoliberal, obligan a que cada vez un mayor número de mujeres casadas o en unión libre ingresen en el mercado laboral (Arriagada y Sojo, 2012).

En México, la familia es la principal red de apoyo social; así como el espacio para el desarrollo de vínculos emocionales y afectivos, la subsistencia económica, el cuidado de la salud y de las personas vul-

nerables, como los menores y los adultos mayores. Debido a estas funciones socioemocionales, es que en la familia se configura la identidad y el sentido de pertenencia de los jóvenes (Jusidman y Almada, 2007).

ALGUNOS RASGOS Y PERIODOS DE DESARROLLO DE LAS FAMILIAS MEXICANAS

En la actualidad, el modelo de familia en la sociedad mexicana tiende a la conformación de la familia nuclear doméstica cerrada; sin embargo, esta familia coexiste con la familia nuclear patriarcal restringida y la familia tradicional llamada por Stone (1990) de linaje abierto; esta última se observa en las zonas indígenas y rurales de México. Esteinou (2005), investigadora mexicana del Centro de Investigación y Estudios en Antropología Social (CIESAS), ha realizado diversos estudios acerca del desarrollo de la familia mexicana. En uno de ellos, del cual retomamos algunas ideas, aborda la emergencia de la familia nuclear en México.

La familia tradicional / linaje abierto prevalece en los grupos indígenas desde la época prehispánica en México. Sus características principales son: rasgos autoritarios y colectivistas en el ejercicio de la autoridad, la autoridad la ejercen distintos miembros del grupo familiar, se establecen relaciones de cooperación económica para la subsistencia, los hijos tienen valor económico porque aportan con su trabajo a la sobrevivencia del grupo familiar. Las relaciones afectivas y de intimidad se ven limitadas por el autoritarismo y el colectivismo. Los lazos afectivos se diseminan entre la red de parientes y linaje. La familia de origen y la comunidad participan en los arreglos matrimoniales frecuentemente. En este tipo de familias, el sentido de intimidad doméstica es reducido; las relaciones familiares al interior son distantes. Las prácticas de crianza se apoyan en el uso de la fuerza física para someter la voluntad de los hijos desde pequeños, y se desarrolla una personalidad en los niños y jóvenes caracterizada por la dificultad de crear vínculos afectivos sólidos (Esteinou, 2005).

La familia nuclear patriarcal restringida se desarrolló durante la época de la colonia en México. En este tipo de familia tiene menor importancia la parentela y la comunidad, y se observa mayor relevancia de la unidad conyugal y del patriarcado, en comparación con la familia tradicional. Debido al libre albedrío que promueve la iglesia católica durante la colonia, es posible la libre elección del cónyuge, lo cual influyó para que se desarrollaran pautas individualizantes; el matrimonio es un espacio donde la sexualidad y el afecto se unen, expresan y desarrollan, se desplazan así los intereses económicos colectivos, especialmente aquellos que se expresan en los arreglos matrimoniales.

Este tipo de familia la constituían los españoles residentes urbanos durante la época colonial. La iglesia católica insistía en las diferencias de género emanadas del orden jerárquico patriarcal desigual y autoritario, y favoreció dar mayor importancia a los intereses del grupo familiar y no a los intereses individuales, así como una fuerte cohesión interna, lo que favorece el desarrollo del familismo (Esteinou, 2005).

La familia nuclear doméstica cerrada surge en México a partir de la mitad del siglo XIX por el proceso de secularización del estado mexicano, por la conformación de códigos civiles republicanos, la formación de las escuelas como espacios destinados a la educación y la instauración del matrimonio como un contrato civil. Estos cambios produjeron la separación del núcleo conyugal y la conformación de la familia como un espacio donde se desarrolló la domesticidad, la intimidad, el amor romántico, el cuidado de la niñez y el sentimiento de que la familia es un espacio para la expresión del afecto (Esteinou, 2005).

Es en este periodo del desarrollo de la sociedad mexicana que se estableció precisamente la delimitación de roles genéricos modernos, aunque permanecen desiguales. Los roles se definían desde el punto de vista biológico, según se fuera del sexo femenino o masculino. Las mujeres se orientaron hacia la crianza de los hijos y su papel se desarrollaba en el espacio privado; los hombres, en cambio, definieron su rol público de proveedores y responsables de la movilidad social del grupo familiar. Es en este mismo periodo que surge lo que Stone (1990)

llama individualismo afectivo. Una vez que las personas eligen a su cónyuge y el matrimonio no se decide por conveniencia, es posible la expresión del afecto íntimo y del erotismo, la familia es así el espacio para la expresión del afecto y del cuidado de la niñez. Sin embargo debido a las desigualdades genéricas y el patriarcalismo, el desarrollo del erotismo y del afecto enfrentó fuertes barreras (Esteinou, 2005).

Los cambios en las familias debido a las modificaciones en los roles de género, el estrés por una presión laboral importante con largas jornadas de trabajo, son factores estructurales que influyen en las formas de responder de las familias a complejas situaciones de la vida cotidiana, teniendo efectos en todos sus integrantes.

La modificación de los roles de género produce incertidumbre, confusión y conflictos en diversos grados de intensidad y visibilidad en los hombres y en las mujeres. Emergen nuevas identidades femeninas por el acceso al trabajo remunerado y al ejercicio del poder. La mujer puede tener un proyecto de vida extrafamiliar. Este fenómeno adquiere relevancia, ya que cuestiona la legitimidad del poder masculino, se pierde el control sobre sus principales fuentes de poder, su papel de proveedor, su fuerza física y su racionalidad. Las mujeres, debido a su incursión en el mundo laboral, pueden pensar más allá de los intereses de la esfera doméstica, relacionarse de formas distintas con su mismo género y con el masculino, establecer nuevas formas de negociación entre mujeres y hombres. Esta situación ha erosionado la división sexual del trabajo, y la familia nuclear con autoridad patriarcal pierde legitimidad (Montesino, 2007).

Observamos que las características de la familia nuclear cerrada son las que prevalecen en las zonas urbanas de México. La familia nuclear cerrada se separa de la parentela, se individualiza, lo que se hace evidente en los siguientes aspectos: desde una perspectiva espacial, el asentamiento de la familia es neolocal, ya que una vez constituida vive en un lugar diferente del espacio de la familia de origen de los respectivos cónyuges; desde la perspectiva laboral, es la inserción en el mercado del trabajo la que determina el nivel de disposición de

recursos y no más la participación de toda la familia en una actividad económica común como el cultivo de la tierra; desde la perspectiva relacional psicológica, la identidad y la seguridad del sujeto tienen lugar en el núcleo familiar (cónyuges e hijos) y no en el reconocimiento de una comunidad adscriptiva, como es la parentela (Esteinou, 2005).

Las familias urbanas se han visto obligadas a reorganizar sus patrones de trabajo, de consumo y ahorro, y a hacer uso de sus redes sociales para hacer frente a un claro deterioro en sus niveles de vida (Jusidman y Almada, 2007). Las mujeres se han incorporado al trabajo extradoméstico; por sus niveles educativos y por la necesidad de aportar al sostenimiento familiar, en un alto porcentaje de hogares ambos cónyuges aportan al gasto familiar. En familias sin hijos menores, los hijos adolescentes y adultos que habitan la misma vivienda colaboran al gasto familiar ya sea monetariamente o con trabajo doméstico. También, se ha incrementado el número de hogares con jefatura femenina (Bustos, 1999).

El mayor número de mujeres que se incorporan al mercado laboral, el deterioro del ingreso económico de los hombres y la pérdida del rol del hombre-proveedor, genera violencia hacia la mujer y los hijos. En un estudio realizado por Casique en 2008, acerca del vínculo entre el empoderamiento de la mujer y la violencia de género, comparó tres categorías relacionadas con el empoderamiento de las mujeres: ideología de género, autonomía y poder de decisión, con el riesgo de ser víctima de violencia emocional, económica, física y sexual. La evidencia es que las mujeres con mayor poder de decisión son las que reciben más violencia física, emocional, sexual y económica. Esto sustenta la teoría de la inconsistencia de estatus: a mayor poder de decisión se rompen los roles de género y se genera una amenaza para los hombres, por ello, estas mujeres estarían más expuestas a violencia, ya que amenazan las posiciones y prerrogativas masculinas que intentan controlar con la violencia. Sin embargo, el estudio muestra prevalencias distintas entre el tipo de violencia y la categoría de análisis con la cual se relaciona. La mayor autonomía de las mujeres se acompañará de mayor violen-

cia emocional, económica y física. Sin embargo, la menor autonomía femenina se asocia a mayor riesgo de ser víctima de violencia física (Casique, 2008).

Por otra parte, el aporte monetario de la mujer a la economía doméstica no ha producido una redistribución del tiempo que los hombres dedican al hogar. Esto ha provocado en las mujeres una doble jornada laboral, es decir, las mujeres deben cumplir con una jornada laboral en un empleo y otra jornada con el trabajo doméstico no remunerado; esto sucede especialmente en las mujeres madres de hijos pequeños. Surge un déficit en el cuidado, denominado crisis de cuidado de la población con necesidades de apoyo, principalmente niños, adultos mayores y personas con discapacidad (Arriagada, 2012).

Al intentar conciliar la necesidad de mantener los vínculos afectivos al interior de la familia nuclear y la demanda social de autosuficiencia económica, pudiera estarse generando estrés en los miembros de la familia, particularmente en los padres y madres por tener que proveer a los hijos de manutención, cuidado en su salud física y psicológica. Los padres y las madres trabajadores se ausentan por largas jornadas de trabajo mientras los hijos permanecen en el hogar o la calle sin supervisión de un adulto. Los padres y las madres trabajadores deben administrar el poco tiempo que pasan en el hogar entre las labores domésticas, la atención a sus hijos en los deberes escolares o en un tiempo de convivencia y el destinar tiempo para el propio descanso.

El modelo económico vulnera la capacidad adquisitiva de las familias y aumenta la desigualdad social. Esta disminución de la capacidad adquisitiva familiar demanda de amplias jornadas laborales para ambos padres, lo cual podría limitar su disposición de tiempo para atender las necesidades emocionales de sus hijos. El entorno laboral determina el tiempo de convivencia familiar, por un lado, y por otra parte, el ejercicio de poder autoritario y las desigualdades de género pueden ser una limitante para el desarrollo de habilidades al acompañar afectivamente a sus hijos.

Las características psicológicas de las personas que crecen en entornos familiares tradicionales son de dificultad para establecer relaciones afectivas fuertes. En las familias mexicanas se educa la dimensión emocional para “guardar” o “esconder” lo que se siente.

La condición económica y el tipo de familia pueden interactuar para propiciar complicaciones en el desarrollo del adolescente.

POBREZA, FAMILIA Y DESARROLLO DE NIÑOS Y ADOLESCENTES

Se ha identificado que la pobreza familiar afecta de manera diferenciada, siendo más importantes y duraderos sus efectos cuando se presentan en la infancia en comparación con la adolescencia; se refleja en aspectos académicos, cognitivos, emocionales y sociales; los efectos son más importantes cuanto mayor es el número de años de vida en condiciones de pobreza (Evans y Kim, 2007; Evans y Schamberg, 2009). Brooks-Gunn y Duncan (1997) observaron este efecto diferenciado de la pobreza familiar en el desarrollo de menores de edad (niños y adolescentes). Estos autores identificaron que vivir en pobreza extrema y por debajo de la línea de la pobreza afectó el desarrollo de los niños primordialmente en problemas de salud física, mayores niveles de envenenamiento por plomo en la sangre, número de días en el hospital por enfermedad, reprobación escolar, problemas conductuales en la escuela, deserción escolar en la preparatoria, experiencia de hambre, abuso sexual y negligencia emocional, crímenes violentos vividos en la familia y miedo a salir, entre otros.

La pobreza afecta a las familias y en especial a los niños y los adolescentes. La pobreza expone a los menores de edad a violencia intrafamiliar, separación de sus padres, inestabilidad y dinámica caótica. Los niños en condiciones de pobreza viven con menor apoyo social, sus padres proveen menos soporte y ejercen la disciplina familiar de manera autoritaria, además de que estos menores están expuestos a más contaminación ambiental, mayores problemas de violencia ca-

llejera, menor acceso a servicios públicos y estos son de baja calidad (Evans, 2004).

La acumulación de todos estos elementos provoca en los menores alteraciones en el desarrollo cognitivo y emocional (Evans, 2004). Los problemas cognitivos en la adolescencia se han identificado en tareas de memoria de trabajo (Evans y Schamberg, 2009). Los problemas emocionales están relacionados con la falta de control en situaciones en las cuales hay una gratificación inmediata (Evans y Kim, 2007).

Los hijos de padres pobres están sometidos a gran cantidad de estresores por las condiciones ambientales y de crianza a las cuales son expuestos. Los niños de estas familias presentan menor capacidad para controlar sus emociones e incluso alteraciones psicofisiológicas tales como mayores niveles de cortisol nocturno y menor reactividad cardiovascular ante estímulos, todo ello por los estresores del entorno (Evans y English, 2002; Evans y Kim, 2007).

Entre las alteraciones en el procesamiento emocional identificadas, se ha señalado mayor reactividad emocional, problemas en el entendimiento de las emociones de otros y el apoyo en estrategias no eficaces para responder a situaciones estresantes (Repetti, Taylor y Seeman, 2002). Estas estrategias ineficaces ante el estrés son la distracción, la necesidad de reducir la tensión emocional y el escape de las situaciones estresantes. Los niños que provienen de familias en condiciones de pobreza presentan con más frecuencia conductas agresivas y delinuenciales (Bradley y Corwyn, 2002).

El elemento mediador entre la pobreza y el desarrollo cognitivo-emocional de los niños y adolescentes es el comportamiento de los padres. Los padres en condiciones de pobreza tienen menor comunicación con sus hijos, promueven menor independencia, logro y creatividad en comparación con los padres no pobres. En los hogares pobres, los padres tienen más hijos, lo que resulta en menor atención y tiempo para sus hijos. Los padres pobres compran menos materiales de lectura, no invierten recursos en eventos culturales y educativos para sus hijos

y regulan menos el tiempo que sus hijos ven la televisión (Bradley y Corwyn, 2002).

Se ha señalado que la pobreza lleva a las familias a vivir en privación material y emocional. Los padres presentan pocas competencias parentales, las cuales tienen repercusiones en el bajo nivel educativo de sus hijos, la poca capacitación para el trabajo y por ende, el acceso limitado a empleo bien remunerado, limitaciones en el acceso a los servicios de salud y constantes enfermedades familiares (Oros y Vargas, 2012).

Los padres pobres presentan estilos de crianza negativos, caracterizados por escasas manifestaciones de afectos positivos, constantes manifestaciones de afectos negativos, negligencia en el cuidado emocional de los hijos, maltrato, estrategias de control disciplinar negativas, problemas para monitorear a sus hijos (Oros y Vargas, 2012; Bradley y Corwyn, 2002), además de poca estimulación cognitiva (Evans, 2004), probablemente asociada por el limitado acceso a recursos estimulantes como materiales para la enseñanza (Bradley y Corwyn, 2002).

La salud emocional de los hijos de familias en condiciones de pobreza presenta mermas significativas en comparación con otros niños en mejores condiciones económicas y de calidad de vida. Los problemas emocionales de estos niños son por lo común irritabilidad, depresión o ansiedad (Oros y Vargas, 2012), agresividad y participación en actos delictivos (Bradley y Corwyn, 2002).

Sin embargo, se ha reflexionado que las condiciones de pobreza no explican por sí mismas las alteraciones en el desarrollo cognitivo y emocional de los niños y adolescentes de familias pobres. Las condiciones de pobreza provocan más estrés parental, el cual es el factor más importante para explicar los problemas cognitivos y emocionales de los hijos (Barrera et al., 2002; Gershoff et al., 2007). Este estrés parental provoca un comportamiento de los padres con menor cercanía emocional, disciplina rígida y menor inversión en educación, cultura y de artículos estimulantes para sus hijos. El reducir el estrés parental provoca un patrón de crianza más positivo en los padres de familia y

por ende, menor número de problemas cognitivos y emocionales de los hijos (Barrera et al., 2002; Gershoff et al., 2007).

Las implicaciones de las formas de crianza de padres pobres en el desarrollo cognitivo y emocional de sus hijos son semejantes para hijos hombres o mujeres y tienen el mismo impacto en diversos grupos étnicos. El estrés parental provocado por las condiciones de pobreza, particularmente la percepción de las presiones económicas, hace que los padres de familia sientan estrés provocando síntomas depresivos y pérdida del sentido de eficacia. El estrés parental provoca menor eficiencia parental, evaluada mediante problemas en el manejo de la conducta de su hijos, necesidad de castigar frecuentemente y que los hijos ignoren los castigos. La poca eficiencia parental y la falta de una respuesta emocionalmente positiva en los padres provoca problemas de conducta en los hijos (Mistry et al., 2002).

Al parecer, el estrés parental provocado por los problemas económicos afecta por igual el comportamiento parental de hombres y mujeres. Los problemas económicos provocan mayores síntomas depresivos y desmoralización en los padres, conflictos de pareja y problemas en las habilidades de crianza de los padres de familia. Estos problemas en los padres de familia tienen efectos negativos en el desarrollo de niños y adolescentes (Conger et al., 1992).

RELACIONES AFECTIVAS EN LA FAMILIA Y EL COMPORTAMIENTO SUICIDA

El suicidio en México es la segunda causa de muerte en adolescentes (Borges et al., 2010). Se ha considerado que en la adolescencia inciden diversos factores en las conductas suicidas. Entre estos factores se encuentran la depresión, haber sido víctima de abuso sexual o físico, presentar conductas antisociales y agresivas, entre otros (González-Forteza et al., 1996).

Otro factor asociado a las conductas suicidas en la adolescencia son las características de la estructura y la dinámica de la familia. En fami-

lias con hijos adolescentes con conductas suicidas se han observado las siguientes características: conflictos entre padres e hijos (Wagner, Cole y Schwartzman, 1995; Wagner, 1997; Wagner, Silverman y Martin, 2003; Ruangkanhasetr et al., 2005); inseguridad de los hijos al acercarse emocionalmente a sus padres (Wagner, Silverman y Martin, 2003); problemas de cohesión y adaptabilidad en la familia (Wagner et al., 2003; Lee, Wong y Chow, 2006; Campo et al., 2003); comunicación deficiente en el subsistema parental y el subsistema filial (Wagner, 1997; Lai y McBride-Chang, 2001; Larraguibel et al., 2000); confusión de roles familiares y trasgresión de límites familiares (Koopmans, 1995; Kashani et al., 1998); percepción de la familia como disfuncional por los adolescentes (McDermut et al., 2001). La mayoría de estos estudios se han realizado en contextos diferentes al mexicano.

Estudios realizados en población México-americana han encontrado una relación importante entre la funcionalidad familiar y la aparición de conductas suicidas. Estos se han realizado en población latina (mexicanos, puertorriqueños, dominicanos y centroamericanos) señalando que la familia tiene un lugar central, especialmente en la cultura mexicana. Por un lado, cuando el adolescente es miembro de una familia funcional, este es un factor protector ante las conductas suicidas (Kuhlberg, Peña y Zayas, 2010; Peña et al., 2011). Por otro lado, el estrés familiar, por las tensiones en cualquiera de los subsistemas familiares, es un factor de riesgo para la conducta suicida, en especial para las mujeres jóvenes (Fortuna et al., 2007; Zayas et al., 2005; Zayas y Pilat, 2008).

Estos estudios permiten identificar la importancia de los factores culturales en el fenómeno suicida, particularmente en la adolescencia. Pero es necesario conocer las creencias sobre el suicidio que pudieran legitimar las conductas suicidas en cierto grupo etario, étnico o religioso (Bagley y Ramsay, 1989). El conocimiento del significado del suicidio en diferentes contextos culturales ayuda a entender el fenómeno (Hjelmeland, 2010).

En el contexto cultural de la zona metropolitana de Guadalajara se ha identificado que la familia tiene un papel central en los significados en torno a las causas y medidas de prevención de las conductas suicidas en los adolescentes. En tres grupos estudiados: adolescentes con antecedentes de conducta suicida, adolescentes, y padres de adolescentes sin antecedentes de conducta suicida, se observaron coincidencias compartidas culturalmente al identificar los problemas familiares como causa del intento de suicidio; estos problemas son: violencia entre padres, violencia entre padres e hijos, falta de comprensión y apoyo de los padres hacia los hijos, entre otros problemas mencionados por los tres grupos (García de Alba et al., 2011; Sánchez Loyo et al., 2014; Morfín López, Sánchez Loyo, García de Alba, Quintanilla Montoya et al., en prensa). Respecto de las medidas de prevención del suicidio en la adolescencia, tanto los padres de adolescentes como los jóvenes con intento de suicidio consideran que la prevención del suicidio se logra con mayor comunicación entre padres e hijos, apoyo y comprensión de los padres a los hijos (Sánchez Loyo et al., 2014; Morfín López et al., en prensa).

Esta coincidencia lleva a pensar en varios aspectos interrelacionados, provocando mayor vulnerabilidad al suicidio en los jóvenes mexicanos.

Por un lado, el familismo significa que la familia es prioritaria en la vida social e individual de los integrantes de la familia, se valora mantener la unidad e integridad de la familia por encima de la satisfacción de las necesidades personales (Zayas y Pilat, 2008; Peña et al., 2011). Por otro lado, las características de la familia mexicana, en especial aquellas en condiciones de pobreza y marginación, se encuentran aún relacionadas con la familia “tradicional” en lo que respecta al ejercicio de la autoridad basada en la coacción física y moral, aunado a las dificultades para la comunicación de los sentimientos y las emociones entre padres e hijos (Oros y Vargas, 2012).

Otro elemento más es que la familia mexicana está sometida a un estrés acentuado debido a ser sobrerresponsabilizada en torno al cuidado y satisfacción de las necesidades materiales y subjetivas de todos

sus integrantes. En un estudio realizado con población mexicana, se encontró que el estrés puede producir un ambiente de negligencia o distancia emocional, maltrato y violencia física, psicológica y verbal al interior de la familia (Esteinou, 2006). Este estrés social en la familia mexicana se puede observar en: el incremento del número de divorcios que se ha duplicado en 25 años (Inegi, 2012) y el porcentaje de 23% de los hogares jaliscienses viviendo con violencia familiar (Gómez, 2006).

En México, donde la pobreza es padecida por más de 50 millones de personas, demandar de las unidades familiares la promoción de un desarrollo óptimo en el bienestar emocional de sus integrantes es ingenuo. Los recursos materiales y las habilidades (afectivas, emocionales, sociales) con que cuentan la mayoría de las familias mexicanas son limitados. El desconocimiento de formas de atender adecuadamente las necesidades afectivas y emocionales de los hijos, crea un ambiente poco propicio para la expresión de emociones y sentimientos en la familia (Oros y Vargas, 2012); en un entorno así hay mayor probabilidad de suicidio e intento suicida que en familias en donde hay mayores niveles de comunicación y confianza (Randell et al., 2006).

CONCLUSIONES

Las familias mexicanas se encuentran en un momento de transición o cambio cultural, los referentes, valores, comportamientos y significados que daban sentido a las relaciones y formas de convivencia familiar están cambiando. Algunas han perdido vigencia, otras se han deteriorado; los significados de lo bueno y malo, lo permitido y lo prohibido, lo saludable y lo pernicioso han visto modificados sus parámetros, se han movido de lugar o han desaparecido del horizonte simbólico en la gran mayoría de las familias mexicanas urbanas.

En las zonas rurales e indígenas parece que tienen mayor vigencia los valores tradicionales vinculados a la estructura patriarcal y los rasgos colectivistas; las relaciones con la parentela son amplias y

tienen mayor valor para la sobrevivencia, el prestigio y las relaciones afectivas en la familia.

En las zonas urbanas coexisten algunos elementos relacionados con la estructura familiar tradicional y las relaciones de autoridad patriarcal, cada vez más cuestionada debido al cambio en los roles de género. Las relaciones con los parientes son menores debido a la neolocalidad de los cónyuges. La coresidencia de parientes bajo el mismo techo ha disminuido, en la familia nuclear moderna las relaciones tienden a ser individualizantes. La afectividad y la intimidad se han concentrado en este espacio relacional y lo convierte en un núcleo muy importante para el desarrollo afectivo y emocional de los niños y adolescentes mexicanos.

Sin embargo, la pobreza estructural en México genera situación de estrés en los padres de familia, lo cual incide en un ambiente de negligencia o distancia emocional, maltrato y violencia física, psicológica y verbal al interior de la familia. La salud emocional de los hijos de familias en condiciones de pobreza presenta mermas significativas en comparación con otros niños en mejores condiciones económicas y de calidad de vida.

Las condiciones de las familias pueden ser un factor de riesgo o un factor protector para el desarrollo de los niños y adolescentes, por lo que creemos que es muy importante profundizar en el estudio de las condiciones de las familias mexicanas para favorecer el desarrollo de los niños y adolescentes mexicanos.

REFERENCIAS

- Arriagada, I. & Sojo, A. (2012). Las clases medias en América Latina: algunas conjeturas desde la perspectiva de género. *Pensamiento Iberoamericano*, 10, 221-243.
- Bagley, C. H. & Ramsay, R. (1989). Attitudes toward suicide, religious values and suicidal behavior. Evidence from a community survey. En R. F. Diekstra, W. R. Maris, A. Schmidtke & G. Sonneck (Eds.),

- Suicide and its prevention. The role of attitude and imitation* (pp. 78–90). Nueva York: E. J. Brill.
- Barrera, M., Prelow, H. M., Dumka, L. E., Gonzales, N. A., Knight, G. P. et al. (2002). Pathways from family economic conditions to adolescents' distress: supportive parenting, stressors outside the family and deviant peers. *Journal of Community Psychology*, 30(2), 135–152.
- Borges, G., Orozco, R., Benjet, C. & Medina–Mora, M. E. (2010). Suicidio y conductas suicidas en México: retrospectiva y situación actual. *Salud Pública de México*, 52(4), 292–304.
- Borges, G., Rosovsky, H., Gómez, C. & Gutiérrez, R. (1996). Epidemiología del suicidio en México de 1970 a 1994. *Salud Pública de México*, 38(3), 197–206.
- Bradley, R. H. & Corwyn, R. F. (2002). Socioeconomic status and child development. *Annuals of Review Psychology*, 53, 371–399.
- Brooks–Gunn, J. & Duncan, G. J. (1997). The effects of poverty on children. The future of children. *Children and Poverty*, 7(2), 55–71.
- Bustos Torres, B. (1999). Roles, actitudes y expectativas de género en la vida familiar. *La Ventana*, 9, 130–157.
- Campo, G. et al. (2003). Intento de suicidio en niños menores de 14 años atendidos en el Hospital Universitario del Valle (en Cali). *Colombia Médica*, 34(1), 9–16.
- Casique, I. (2008). El complejo vínculo entre empoderamiento de la mujer y violencia de género. En R. Castro & I. Casique (Eds.), *Estudios sobre cultura, género y violencia contra las mujeres* (pp. 231–259). México: Crimunam.
- Conger, R. D. et al. (1992). A family process model of economic hardship and adjustment of early adolescent boys. *Child Development*, 63(3), 526–541.
- Esteinou, R. (2005). El surgimiento de la familia nuclear en México. *Revista de Estudios Novohispanos*, 31, 99–136.
- Esteinou, R. (2006). *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos, Estados Unidos de América y México*. México: La Casa Chata.

- Evans, G. W. (2004). The environment of childhood poverty. *American Psychologist*, 59(2), 77-92.
- Evans, G. W. & English, K. (2002). The environment of poverty: Multiple stressor exposure, psychophysiological stress, and socioemotional adjustment. *Child Development*, 73, 1238-1248.
- Evans, G. W. & Kim, P. (2007). Childhood poverty and health cumulative risk exposure and stress dysregulation. *Psychological Science*, 18(11), 953-957.
- Evans, G. W. & Schamberg, M. A. (2009). Childhood poverty, chronic stress, and adult working memory. *PNAS*, 106(16), 6545-6549.
- Fortuna, L. R., Pérez, D. J., Canino, G., Sribney, W. & Alegría, M. (2007). Prevalence and correlates of lifetime suicidal ideation and attempts among Latino subgroups in The United States. *Journal of Clinical Psychiatry*, 68(44), 572-581.
- García de Alba García, J. E., Quintanilla Montoya, R., Sánchez Loyo, L. M., Morfín López, T. & Cruz Gaitán, J. I. (2011). Consenso cultural sobre el intento de suicidio en adolescentes. *Revista Colombiana de Psicología*, 20(2), 167-179.
- Gershoff, E. T., Aber, J. L., Raver, C. C. & Lennon, M. C. (2007). Income is not enough: incorporating hardship into models of income associations with parenting and child development. *Child Development*, 78(1), 70-95.
- Gómez, G. (Coord.) (2006). *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Jalisco*. México: Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres, Segob.
- González-Forteza, C., Borges, G., Gómez Castro, C. & Jiménez Tapia, J. A. (1996). Los problemas psicosociales y el suicidio en jóvenes. Estado actual y perspectivas. *Salud Mental*, 19, Suplemento 1, 33-38.

- Hjelmemand, H. (2010). Cultural research in suicidology: Challenges and opportunities. *Suicidology Online*, 1, 34-52.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Inegi (2012). Información estadística sobre divorcios, información de 1985 a 2010. Recuperado de <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/proyectos/continuas/vitales/bd/nupcialidad/Divorcios.asp?c>
- Jusidman, C. & Almada Mireles, H. (2007). *La realidad social de Ciudad Juárez*. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Kashani, J., Suarez, L., Luchene, L. & Reid, J. C. (1998). Family characteristics and behavior problems of suicidal and non-suicidal children and adolescents. *Child Psychiatry and Human Development*, 29(2), 157-168.
- Koopmans, M. (1995). A case of family dysfunction and teenage suicide attempt: Exploration of the applicability of the family systems paradigm. *Adolescence*, 30, 87-94.
- Kuhlberg, J. A, Peña, J. B. & Zayas, L. H. (2010). Parent-adolescent conflict, family, selfesteem, internalizing behaviors and suicide attempts among adolescent Latinas. *Child Psychiatry and Human Development*, 41, 425-440.
- Lai, K. W. & McBride-Chang, C. (2001). Suicidal ideation, parenting style and family climate among Hong Kong adolescents. *International Journal of Psychology*, 36(2), 81-87.
- Larraguibel, M., González, P., Martínez, V. & Valenzuela, R. (2000). Factores de riesgo de la conducta suicida en niños y adolescentes. *Revista Chilena de Pediatría*, 7(3), 183-191.
- Lee, M., Wong, B. & Chow, B. (2006). Predictor of suicide ideation and depression in Hong Kong adolescents: perceptions of academic and family climates. *Suicide Life-Threatening Behavior*, 36(1), 82-96.
- McDermut, W., Miller, I., Solomon, D., Ryan, C. E. & Keitner, G. I. (2001). Family functioning and suicidality in depressed adults. *Comprehensive Psychiatry*, 12(2), 96-104.

- Mistry, R. S., Vandewater, E. A., Huston, A. C. & McLoyd, V. C. (2002). Economic well-being and children's social adjustment: the role of family process in an ethnically diverse low-income sample. *Child Development*, 73(3), 935-951.
- Montesino, R. (2007). Cambio cultural, prácticas sociales y nuevas expresiones de la masculinidad. En R. Montesinos, *Perfiles de la masculinidad* (pp.17-46). México: UAM / Plaza y Valdés.
- Morfín López, T., Sánchez Loyo, L. M., García de Alba García, J. E. & Quintanilla Montoya, R. (en prensa). Cultural consensus among mexican parents regarding adolescent suicide attempts. *Trans-cultural Psychiatry*.
- Oros, L. B. & Vargas Rubilar, J. A. (2012). Fortalecimiento emocional de las familias en situación de pobreza: una propuesta de intervención desde el contexto escolar. *Suma Psicológica*, 19(1), 69-80.
- Peña, J. B., Kuhlberg, J., Zayas, L., Baumann, A., Gulbas, L., Hausmann-Stabile, C. et al. (2011). Familism and family environment among suicidal Latinas: three family types. *Suicide & Life-Threatening Behavior*, 41(3), 330-341.
- Randell, B. P., Wang, W.-L., Herting, J. R. & Eggert, L. L. (2006). Family factors predicting categories of suicide risk. *Journal of Child and Family Studies*, 15(3), 255-270.
- Repetti, R. L., Taylor, S. & Seeman, T. E. (2002). Risky families: family social environments and the mental and physical health of Offspring. *Psychological Bulletin*, 128(2), 330-366.
- Ruangkanchanasetr, S., Plitponkarnpim, A., Hetrakul, P. & Kongsakon, R. (2005). Youth risk behavior survey: Bangkok, Thailand. *The Journal of Adolescent Health*, 36(3), 227-235.
- Sánchez Loyo, L. M., Morfín López, T., García de Alba García, J. E., Quintanilla Montoya, R., Hernández Millán, R. et al. (2014). Consenso y estructura del dominio cultural del suicidio en adolescentes con tentativa suicida. *Acta de Investigación Psicológica*, 4(1), 1446-1458.

- Stone, L. (1990). *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*. México: FCE.
- Wagner, B. (1997). Family risk factors for child and adolescent suicidal behavior. *Psychological Bulletin*, *121*(2), 246-298.
- Wagner, B., Cole, R. E. & Schwartzman, P. (1995). Psychosocial correlates of suicide attempts among junior and senior high school youth. *Suicide Life-Threatening Behavior*, *25*(3), 358-372.
- Wagner, B., Silverman, M. A. & Martin, C. (2003). Family factors in youth suicidal behaviors. *American Behavioral Scientist*, *46*(9), 1171-1191.
- Zayas, L. H., Lester, R. J., Cabassa, L. J. & Fortuna, L. R. (2005). Why do so many Latina teens attempt suicide? A conceptual model for research. *American Journal of Orthopsychiatry*, *75*(2), 275-287.
- Zayas, L. H. & Pilat, A. M. (2008). Suicidal behavior in Latinas: Explanatory cultural factors and implications for intervention. *Suicide Life-Threatening Behavior*, *38*(3), 334-342.

